

## 4. Agazapado

Woland



# Capítulo 1

## Agazapado

Un hombre canta y baila peligrosamente, se mueve sin precaución sobre las baldosas mojadas por la regadera. Se quita poco a poco la capa de burbujas con una mano, mientras la otra emula burdamente el vaivén de un micrófono.

Corta la corriente y toma la toalla, en tanto a lo lejos, un chirrido lúgubre de unas bisagras le llega sin avisar. «¿Podrá ser Julia?» se pregunta, obviando la duda puesto que no la espera.

Del otro lado, en el living, se aproxima alguien. Camina a tientas sabiendo que la alfombra apaga sus pasos, se lame los labios saboreando el suspenso, conteniendo una risa que se le queda entre los dientes, se ha dado cuenta que la puerta del dormitorio yace abierta. (Mucho mejor, no se lo espera)

Luego sale de la ducha, se ciñe la toalla a la cadera y limpia con la mano el espejo empañado por el vapor. «Julia cariño, se supone que hoy no vendrías» suelta al fin en voz alta, «¿No habías dicho que dormirías en casa de tus padres?».

Pero el silencio es quien responde, lo inquieta mientras se examina en el reflejo. «¿Julia? Julia amor» vuelve a preguntar y es lo mismo.

Cuando entra a su dormitorio retrocede sobresaltado, la visión del revólver le acelera el pulso, el hombre sentado en su cama le ha despertado el terror. El intruso lo mira, le sonríe sin dejar de apuntarle mientras con su mano izquierda juguetea perversamente con una prenda de encaje roja que ahora se lleva a la nariz e inspira hasta retener en su interior la totalidad del aroma. «Lo recuerdo» dice retirándola, la aprieta entre sus dedos y luego agrega: «Igual que un melocotón».

Jonás despega los labios, las palabras le brotan desde muy hondo, caminan a ciegas y desesperadas, y finalmente mueren en su la garganta; el miedo y la repulsión lo han paralizado.

El hombre se levanta de golpe y le apunta con el 38 en los testículos, la diestra se cierra en el cuello de Jonás todavía humedecido, ahora parece hundirse y él no dice nada, y ahora, ahora duerme sin saber que el juego apenas empieza.

15 de abril: 5 días han pasado, Jonás en cuidados intensivos, sin rostro; se lo han arrancado, las rodillas enyesadas; fracturadas a batazos aparentemente. Julia en la sala de espera, apenas contiene el llanto cada vez que el buzón anuncia un mensaje y la pantalla se enciende, mostrando la foto en la que está con él, se ve hermoso, radiante, y ahora, una cara sin rostro, una boca sin labios, unos ojos sin...

Los padres llegan del aeropuerto, se miran; se tambalean, se abalanzan entre sí y se funden en un abrazo que los estremece; que provoca un sollozo que crece y puja con fuerza. Ya no son los recién nacidos que esparcen su música por los pasillos, son ellos tres quienes lo llenan todo con su llanto desesperado.

2 meses: Jonás tiene un rostro que no es el suyo, parece tener forma, hace falta mirar dos veces para estar seguros que efectivamente es algo a lo que se puede llamar rostro. La risa se le ha escapado, los chistes, el encanto, el «mi amor me pones a mil», «papá eres como el vino, así seré también».

En estos días hablan y cuidan a un hombre que se llama Jonás, que huele como Jonás, que respira y duerme como Jonás, pero amargamente ha dejado de serlo después de aquella aciaga noche al salir de la ducha.

6 meses: Los árboles altos y exuberantes refrescan a los invitados en las sillas plegables, el café está exquisito y humea con un perfume dulce como a miel, lo beben, se abanicán y lloran.

El padre pronuncia unas palabras en el atril, la madre apenas logra decir algo; su voz se quiebra con una constancia envidiable para aquellos que fingen sentir la pérdida. Un grupo de hombres jóvenes e imponentes, golpean la hierba con las puntas de unos bates como tambores de guerra en honor a su capitán caído entre frascos de opioides y Jack Daniels Old o7. Julia habla y llora sin vergüenza, tiembla y jura no haber amado tanto alguien como lo hizo con Jonás, a un hombre tan tierno, dulce, bello.

1 año: las denuncias ya han sido hechas, la búsqueda sin pausa de un presunto sospechoso del que no se conoce nada. Los padres huérfanos enferman, pero Julia está ahí, los cuida, los atiende con dedicación, aún es la nuera, la viuda de un matrimonio que no se dio, la madre de unos hijos que nunca nacieron.

Hoy es un día especial y trágico, hoy se encuentran los tres en el aniversario de su muerte, nuevamente se miran entre sí y rompen a llorar, lo hacen sin parar mientras la grama es arrancada y la lápida es palmeada en una secuencia de manos, que sufren, truenan y se empuñan con rencor.

Cuando la cama ha vuelto a ellos, la señora mira a Julia y le dice: «Mi niñas, no tienes porqué irte, eres como una hija para nosotros» y el señor canoso agrega a su vez: «Es cierto, eres parte de la familia, Jonás estaría de acuerdo con que te quedaras todo el tiempo que sea necesario».

Julia sólo sonríe, se seca las lágrimas con la manga, asiente.

Una tarde, de vuelta a la casona de sus suegros después de trabajar, le parece verlo en una tienda de abarrotes con una botella de Whisky, no hay retratos ni testigo pero ella siente en su corazón que lo ha encontrado, «el destino es caprichoso» piensa por un instante. Jamás olvidaría ese cabello espeso y marrón, la barba a medio crecer, las ridículas botas que antes le parecían sexys. «Martin de mierda» dice entre dientes. Julia avanza sin dejar de mirar, sin detener la rabia que crece y se mete en el paladar.

Una vez en casa, le pide el arma de dotación a uno de los empleados, comentando que teme por su vida, desde aquella tragedia teme, y recién comienza a ser consciente de que debe protegerse.

Menciona que pronto hará el papeleo para portar una pistola, pero por el momento, desea sentirse a salvo con una provisional. El empleado, con cierta duda se la entrega, suplicando que no la use en la medida que le sea posible. Julia se apresura al coche para ir de vuelta a la ruta donde lo vio por última vez. Pasa frente a la tienda y se pregunta a donde pudo ir. Entonces divisa un motel contiguo a un burdel, se estaciona y se acerca a la recepción.

–Martin. Martin Lavenza ¿está aquí? –pregunta.

–No hay nadie con ese nombre señorita –le dice el encargado.

No contenta con la respuesta, lo describe y esta vez acierta.

–Bueno, señorita, él sólo acepta mujeres –hace una pausa y piensa bien en las palabras– de la vida alegre por así decirlo, usted me entiende. ¿Es usted...de esas? –le pregunta con cierto nerviosismo mientras la mira de pies a cabeza.

–Sí, lo soy –dice con firmeza.

Julia entra al burdel y ve a una mujer bailando como una serpiente al ritmo de la música, se acerca a ella, le habla e intenta ofrecerle dinero a cambio del vestido corto ceñido al cuerpo, la joven se niega, le irrita su aire de sociedad, su pulcritud exasperante. Entonces Julia le ofrece las perlas adornan su cuello esbelto y la chica cede con cierto desprecio.

De vuelta al motel, le dice al encargado que irá a la habitación.

–Espere un momento señorita –dice tecleando el teléfono –.¿Bueno? Sí, hay otra señor, claro es lindísima, ajá, vestido negro, ¿otra botella? Vale, adiós.

Julia percibe su sangre calentándose, la rabia que le quema y la mueve hacia un momento inapelable.

–La 67 a la izquierda –responde al fin el encargado.

Mientras camina, Julia mete la mano en su bolso y tantea para encontrar la culata. En la 67 yace Martín bajando la tapa del váter, se lava las manos mientras aspira el cigarro; luego se lleva los dedos húmedos a la cabeza y peina su cabello hacia detrás de las orejas.

Ahora sale del baño, hace a un lado a la prostituta en el suelo, intoxicada por marihuana y licor barato. El tacón de las botas suena mientras se acomoda el cinturón a la par que la hebilla tintinea en el silencio de la habitación. Aparta algunas botellas con la punta de la vaquera; de pronto se echa de golpe, se hunde en el sofá azabache de cuero sintético y cuelga la cabeza hacia atrás. Se deja ir, abandonándose a una meditación sin propósito, mira el techo sin mirarlo; el pecho cubierto de un centenar de pelos se infla como pez un globo y exhala un humo pesado que poco a poco lo envuelve en una relajación de ensueño. Los ojos que los tiene abiertos se van a arriba, se acostumbran al giro monótono del abanico de techo; al tranquilo ir y venir de las aspas que proyectan un sin número de sombras indescifrables mezclándose con las hendiduras del cielo raso. Y en ese trance de las aspas girando sobre el eje resplandeciente de luz amarillenta, va descubriendo sin prisa que las grietas que componen la extensión del cielo raso encajan perfectamente con la otras. Entre cada parpadeo de la lámpara y el vaivén de las aspas; se va creando una complicidad entre las sombras y las grietas que tejen con naturalidad un mural cuya imagen final no es sino la muerte que encontrará cuando se incorpore del sofá y la puerta se abra y el cañón dispare.

Woland Verdecia.

